



En Chile denuncian que la Embajada de Cuba espía al exilio venezolano

Descripción

Una extraña historia de espionaje se ha dado a conocer este mismo lunes en Chile a través del canal Mega TV de Santiago. Según quién y cómo la entienda, puede lucir como una sofisticada trama a la *John Le Carré*, con intrigas, dobles caras, movimientos de ajedrez y un remate en el que el más desvalido termina por ser el más desalmado. O, sino, como un burdo *culebrón* caribeño.

A la televisora hace semanas llegó B., un exiliado cubano con cinco años de residencia en Chile, que alegaba haber sido reclutado dos años antes por la Embajada de Cuba en Santiago para recabar información de seguridad. Su narración podía lucir extravagante, un aspaviento de algún lunático, pero cargaba con un respaldo poderoso para creerle: durante meses se había dedicado a grabar con sonido y video las reuniones que mantuvo con su contacto de la representación antillana.

Santiago Ocampo García, oficial de prensa de la embajada de Cuba en Santiago, es el protagonista de los videos, a cuyas transcripciones tuvo acceso [Armando.Info](https://armando.info) gracias a la colaboración de Gustavo Villarrubia, reportero de investigación del espacio *Ahora Noticias*, que cubrió la historia. En los registros, tomados en al menos cuatro encuentros entre B. y Ocampo, de marzo a junio de este año en cafés y restaurantes del centro de Santiago, el funcionario castrista acicatea, a veces con una complicidad seductora, otras veces con rudeza, a su interlocutor para que cumpla una misión primordial: que se infiltre en los grupos de venezolanos antichavistas activos en Chile y ofrezca información sobre ellos.

“Nosotros los cubanos en el exilio somos presa fácil para reclutar”, admite B., o el *Agente Julio* –el alias que la Embajada le asignó–, en conversación telefónica desde Santiago. “Ellos se aprovecharon de que mi esposa y mi hija todavía estaban en Cuba y, entonces, a cambio de eso, de dejarlas venir... Bueno, esa es la manera que usan para chantajear”. B. recuerda en la entrevista que un presunto agente del G2, el servicio secreto cubano, de nombre Pedro Pablo, llegó a proponerle que sirviera de portador para colocar un explosivo en la Embajada de Venezuela en Santiago.

El *Agente Julio* o Julio-B. –como se le llamará en adelante en esta nota- fue camarógrafo y director de televisión en Cuba. Eso explicaría que se las haya sabido arreglar para hacer tomas, de manera inadvertida, de Ocampo García. También que haya comprendido a la perfección que, para su labor

aparente de espía, tanto como para la más real de doble agente en la cuerda floja, necesitaba de una buena dosis de histrionismo. “Tú tienes que portarte como Brad Pitt, si no, no sales en la película”, bromea con él Ocampo en uno de los pasajes de video.



Tarjeta de presentación del protagonista de los videos.

“Yo acepté ser reclutado porque desde el principio quería denunciarlos”, dice Julio-B por teléfono. “Quería poner a la luz quiénes eran y cómo operan con sus agentes”.

Con los venezolanos en la mira

En los videos, el diplomático Ocampo García requiere información sobre el exilio cubano, en particular acerca del dirigente Mijail Bonito, y también sobre las personalidades chilenas que pudieran estar brindando apoyo a los activistas antichavistas en Chile: entonces salen a relucir referencias al alcalde de la comuna santiaguina de Ñuñoa, Pedro Sabat, y a la parroquia de la Iglesia de la “Solidaridad Latinoamericana” en el sector de Providencia.

Pero, sobre todo, la misión asignada al *Agente Julio* es la de conocer las entrañas del exilio venezolano y trazar perfiles de sus dirigentes. En las conversaciones se nombra a Marlin Benítez, Antonio Argüelles, un tal *Gerardo*, entre otros personajes a los que Julio-B, sin querer queriendo, pasa revista para satisfacer las exigencias de su contacto, Ocampo García, que solo reacciona de manera destemplada una vez, al oír un reporte sobre José Noguera, presidente en Chile de la asociación Venezuela Adelante: “Ese viejo es un maricón”, suelta en una de las grabaciones Ocampo, con procacidad caribeña, “y que no me joda ese viejo maricón, que quizás no se le para ni la pinga”.

Venezuela Adelante hace las veces, entre los venezolanos residenciados en Chile, de la Mesa de Unidad Democrática (MUD). Su presidente, José Noguera, ya había denunciado en carta al director del website chileno *Elmostrador.cl* la existencia de una red de espionaje. Como declara, también desde Santiago de Chile a **Armando.info**, tenía desde hace tiempo razones para sospechar que una fuerza externa hacía una labor de zapa en la colonia venezolana. “Antes éramos muy unidos”, asegura, “pero de golpe los grupos venezolanos empezaron a desintegrarse y empezó un montón de intrigas espectaculares”.



El canciller chileno, Heraldo Muñoz, entre José Noguera, representante de la MUD, y la periodista venezolana Cristina Bastidas, que se hizo conocida tras increpar frente a frente al senador austral, Alejandro Navarro. María Laura Liscano es una de las primeras en la lista de los venezolanos espionados en Santiago. Foto: El Mercurio

En efecto, en uno de los encuentros grabados, Julio-B le comenta alborozado al diplomático Ocampo que en Facebook los venezolanos “mantienen una discordia”. Los bandos de esa discordia en las redes sociales, dice, aparecían representados por Noguera, por un lado, y por una joven polemista a la que Ocampo ordena al Julio-B seguir con estas palabras: “Ella es la que trabajó en Venezuela en investigaciones de inteligencia con un agente cubano, por eso tienes que *achuntarle* (N. de R.: *Cubanismo que significa “controlar, sujetar, acertar”*)

con todo”.

La instrucción se refería a María Laura Liscano, una figura singular en el elenco de esta historia. Desde 2012, Liscano ha despuntado en la prensa chilena como una de las voces más representativas –y radicalmente antichavistas– de la comunidad venezolana en Santiago. Su trayectoria, sin embargo, contiene una ironía inesperada: de 1999 a 2009 se desempeñó como analista de la policía política venezolana, entonces conocida como Disip (Dirección de Servicios de Inteligencia y Prevención), antecesora del actual Sebin (Servicio Bolivariano de Inteligencia).

“Yo era una chamita en ese entonces”, concede por vía Skype Liscano, graduada de Estudios Internacionales en la Universidad Central de Venezuela (UCV), para repasar la parábola que la llevó de un extremo a otro del conflicto político venezolano. “Estaba en segundo semestre cuando un profesor me dijo si quería ir a trabajar con él en el Ministerio del Interior y Justicia; solo cuando fui al Helicoide entendí que era para la Disip”. En el cuerpo de seguridad ascendió, siempre en las áreas de análisis e inteligencia. Llegó a conocer y a trabajar con el hoy ministro, general Miguel Rodríguez Torres –“yo no sé para qué me siguen”, acota, “si ya saben de mí todo lo que tienen que saber” –, pero, asegura, también pasó las de Caín: “Yo quise renunciar desde cierto momento, pero no me dejaban por eso de que yo sabía información. No fue fácil, me mandaron a inspección, me levantaron un expediente administrativo”.

Entre tanto ya había hecho una relación con un ciudadano chileno, su actual pareja. Cuando decide quedarse en Chile y no regresar a Venezuela, relata, lo hizo con el ánimo de pasar a la retaguardia y asumir una vida sin sobresaltos, trabajando en ramos del comercio. Esa promesa la supo mantener, continúa, hasta mayo de 2012: “Ese mes muere mi papá. Él estaba enfermo y la última vez que yo había estado en Venezuela, cuando me fui, él me dijo en el aeropuerto: ‘No te preocupes, hija, que yo no me muero hasta que caiga este gobierno y Venezuela vuelva a ser libre’. Él había estado ligado al partido Copei y, como mi mamá, fue funcionario público. El hecho de que yo no hubiese podido volver a verlo, de que Venezuela estuviera en crisis, de que yo había estado diez años viendo desde adentro cómo esta gente actuaba, todo eso me hizo decir ¡basta!”.

Aclara que, desde que empezó a dar la cara en medios masivos, nunca lo ha querido hacer a título de una ex agente del servicio secreto venezolano que conoció información clasificada, sino “como una ciudadana venezolana que protesta de manera legítima”. Sin embargo, su pasado, aunque poco difundido, le ha granjeado algunas desconfianzas entre otros voceros de la oposición antichavista en Chile.

¿Una operación espontánea?

Según las grabaciones, no solo a Liscano quería la Embajada de Cuba que Julio-B siguiera. También le pide monitorear a Cristina Bastidas, una joven periodista que polemizó con el senador Alejandro Navarro –uno de los predilectos del chavismo en Chile– durante un foro de la Pontificia Universidad Católica local. Pero con María Laura Liscano hay una especial fijación.



Julio-B hizo su trabajo. Invitó a Liscano a un juego de béisbol que reuniría a venezolanos, cubanos y dominicanos, entre otras nacionalidades adictas a la pelota. “A mí me llevó este señor del exilio cubano”, recuerda María Laura Liscano, aludiendo a Julio-B. “Me pasé de confiada y me fui con él. Pero cuando llegué allí me dio esa mala espina de que, ay, eso era una trampa. Me di cuenta de que me llevaron para *fijarme*. *Fijar* es como le dicen en los cuerpos de seguridad a llevarte a un lugar para que ciertas personas te vean en persona, mejor que en una foto, y de allí empiecen a seguirte”.

Dice Liscano que después de esa experiencia empezó a eludir a Julio-B. Hasta que otra vez la citó a ver unos videos. Eran los subrepticamente grabados con Ocampo, el agregado de prensa de la Embajada de Cuba. “Empecé a ver el video y lo que hice fue decirme: ‘Me están montando otra trampa’”.

Otro tanto le ocurrió a José Noguera por esos días. “Un buen día me llegan unos videos y se me acerca una persona y me echa un cuento de por qué se salió de esa operación”. Era Julio-B.

Las sospechas todavía gravitaban sobre este gesto inédito de exhibición y sobre las motivaciones que podía tener Julio-B para protagonizarlo. Solo la reportería de Mega TV, que buscó corroborar la historia con fuentes venezolanas, empezó a tejer un manto de verosimilitud a la historia: quizás sí se trataba de una auténtica proeza de contrainteligencia por parte de un espontáneo en solitario.

Pero, si se asumía esa premisa, la pregunta obvia era, ¿para qué espía Cuba a los venezolanos en Chile? Cada quien tiene una respuesta. “Chile es precisamente el contraejemplo más importante de lo que se quiere hacer en Venezuela: es una economía pujante”, aventura Noguera, aunque tampoco descarta que esto se repita en otros países. María Laura Liscano asoma otra idea: “Chile es el único país de América del Sur libre del chavismo. Es un país democrático, con un gobierno socialista, de izquierda, pero que no sigue el modelo chavista. Chile es un país donde se puede generar un frente verdaderamente fuerte de venezolanos”.

Julio-B, algo más cínico, sugiere: “Me imagino que se debe a la injerencia cubana en Venezuela. El gobierno venezolano es un títere”.

Fecha de creación

2014/10/06

armando.info